

yes de la conciencia, de la moral y de la religión; por consiguiente, con las leyes del derecho, de la naturaleza y de Dios.

Entonces se realizará esta frase que llena á la época de un terror inaudito, la frase: *el reino de Dios*.

Se considera como cosa terrible el reino de Dios, porque no se ve en él más que un gran monasterio, en el cual sólo pueden vivir penitentes y personas que han renunciado á todo.

No negaremos que la sociedad debe ejecutar en grande lo que cada monasterio se esfuerza por realizar en pequeño. Sí, todos los que forman parte de la sociedad deben practicar la penitencia, porque todos han contribuído á dar alas al mal. Sí, todos deben practicar la renuncia de sí mismos, porque, sin ella, no es posible pensar en la solidaridad. Y todavía más: todos deben atesorar ese espíritu de comunidad que constituye la vida monástica, y que es el cemento que mantiene unido el gran edificio de la sociedad.

Pero, á la vez, nadie tiene necesidad de renunciar á su propia situación, á sus propios derechos, á su propio honor. Al contrario, en la realización de una sociedad establecida de conformidad con la ley de Dios, cada cual halla precisamente la garantía de la integridad, y, al propio tiempo, la de la fructificación de todo lo que le concierne.

El espíritu de comunidad es el mejor muro protector del derecho privado y del público; pero el lazo más sólido para el espíritu de comunidad es la fe común, la moral común, la religión común.

Los hombres tienen necesidad de la sociedad para su propia protección, pero la sociedad necesita del reino de Dios.

7. Iglesia expiatoria é Iglesia de paz.—No podemos decir si la época es accesible á este modo de ver, pero lo que sabemos con certeza es que su suerte futura, quizás muy próxima, depende de que acepte estas ideas ó las rechace. Aumentan constantemente las predicciones al

estilo de Casandra, que declaran inevitable la catástrofe, y aun muy próxima. ¡Que se realicen, si no es posible evitarlas! No queremos detener el curso de la justicia; sin embargo, preferimos acariciar la esperanza de que el mundo, aunque no quiera oír hablar ya del reino de Dios, se hará más accesible á sus palabras, cuando los días de prueba hayan abierto á los corazones el camino de la verdad.

Emilio Gregorovio, en su libro *El cielo en la tierra*, traza la descripción del modo como tendrá lugar el gran castigo, explicando la corta duración de la ceguera de los hombres y de sus frutos, y la vuelta á Dios de la humanidad purificada. El fin de tan terrible tormenta consistirá en que los hombres buscarán de nuevo al Dios de sus padres, y le elevarán un templo expiatorio.

¡Hermosa y consoladora idea! Más hermoso y consolador será todavía que la sociedad no empiece por esperar el diluvio, sino por fundar previamente, con esfuerzos comunes, una iglesia de paz. Dios se dejará ciertamente apaciguar de nuevo, porque no puede resistir á la palabra *paz*, y más todavía á los actos de paz.

Ahora bien, la iglesia más hermosa, la más fecunda en bendiciones, la más agradable á Dios, será la sociedad establecida sobre principios cristianos, la sociedad regida por la Iglesia, la realización del reino de Dios en la tierra.